

Miguel Ángel Espino

Mitología de Cuscatlán

Biblioteca Básica de Literatura Salvadoreña Volumen 7

Primera edición

Consejo Nacional para la Cultura y el Arte

CONCULTURA, San Salvador, 1996

Cecilia Gallardo de Cano Ministra de Educación

Abigaíl Castro de Pérez Vice-Ministra de Educación

Roberto Galicia Presidente de CONCULTURA

Ilustración de Portada: *Noé Canjura. Colección Nacional de Pintura* Diseño de Portada: Mirella Antonacci Fotografía de Portada: Eduardo Fuentes

© Para esta edición, CONCULTURA © Herederos de Miguel Ángel Espino Hecho el depósito que marca la Ley

CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y EL ARTE Edificio A-5 Plan Maestro, Centro de Gobierno San Salvador, El Salvador, C.A.

Teléfonos: (503)281-0100

(503)281-0044

(503)281-0077

Fax: (503)221-4389

NOTA EDITORIAL

A lo largo de su vida, Miguel Ángel Espino publicó cuatro libros: dos breves colecciones de prosas —**Mitología de Cuscatlán** (1919) y **Como cantan allá** (1926)—y dos novelas —**Trenes** (1940) y **Hombres contra la muerte** (1942)— fundamentales en el desarrollo de la narrativa salvadoreña.

Nacido en 1902, en Santa Ana, hermano menor del poeta Alfredo Espino, y fallecido en 1967, luego de una prolongada enfermedad, Miguel Ángel Espino constituye un caso singular en la literatura nacional: sus preocupaciones políticas, culturales y estéticas lo ubican a la delantera de sus contemporáneos nacionales. **Trenes** fue publicada originalmente en Santiago de Chile y **Hombres contra la muerte** en la Ciudad de México; pasaron más de 20 años antes de que fueran editadas en El Salvador.

Dos vetas se distinguen claramente en la narrativa de Espino. La primera tiene que ver con la búsqueda de la identidad americana a partir del reencuentro con las raíces indígenas, la tradición de rebelión, y la flora y la fauna; **Mitología de Cuscatlán** es el precedente de esta corriente que culmina con **Hombres contra la muerte** y que se emparenta con el pensamiento de un José Vasconcelos y con la prosa de Rómulo Gallegos. La segunda veta

parte de una experimentación con el lenguaje y de la búsqueda de nuevas estructuras narrativas; **Trenes** es la mejor expresión de esta vertiente que no es ajena a las vanguardias artísticas que florecieron en la Europa de las entreguerras.

La prosa de Espino es valiente, audaz, enemiga de los eufemismos. Su pensamiento es beligerante, claro, de ruptura, ubicado en el orden del cambio social. Los debates centrales de su época —herencia indígena versus tradición española, lucha pacífica versus rebelión armada, democracia versus dictadura, entre otros— están reflejados en su obra como en la de ninguno de los escritores de su tiempo. Pero tampoco fue un catequizador: "el arte es desinteresadamente útil", dice la frase de Plejanov que utiliza de epígrafe en **Trenes**.

Una imagen arquetípica se repite en las narraciones de Espino: la culebra que, agazapada en el follaje del árbol, se lanza súbitamente al cuello del hombre portador de violencia. Lo agreste, lo indómito, la残酷 como parte de lo americano; pero también la belleza, que no sólo es paisaje, ni se restringe a lo femenino, como se refleja en las dos colecciones de prosas ahora reeditadas.

Miguel Ángel Espino incursionó en la política: fue ministro de la Presidencia del gobierno del general Salvador Castañeda Castro. Luego del golpe de Estado de 1948, el escritor sufrió un derrame cerebral que le impidió retornar a la creación literaria.

Alfredo y Miguel Ángel Espino fueron hermanos también en su carácter de pioneros literarios y en el cariz trágico de sus vidas.

Mitología de Cuscatlán

A mis padres,

Que saben oír el idioma con que grita el corazón.

INTRODUCCIÓN

SOBRE América, que rompe sus inercias en el hierro del nuevo siglo, un aletazo que despega párpados quema sus viriles teorías de civismo en alimento de una religión social que se inicia: el Panamericanismo, en el más superlativo y estricto modo de pensar y de decir. Y ruge tan seriamente este ciclón de entusiasmo, que puntualizándose en el rol educativo, lejos de todo neorracismo estrecho, sólo falta un maestro que proclame una bella iniciativa: la americanización de la enseñanza, es decir, utilizar en lo posible las cosas nacionales, suplantadas ahora con elementos extranjeros, y que a través de un opaco lente de pesimismo hemos visto con estaturas de enano. Porque América tiene en sí todas las energías de la vida y poderosos elementos para una buena educación. No los explota, porque la miopía del coloniaje ata sus músculos. La falacia de la inferioridad ha echado honda raigambre en la vida de estos pueblos. Y "la aceptación de una idea es el principio de una acción".

Los agentes educativos deben seleccionarse del medio en que éstos accionan, mejor hermanados con las tendencias ingénitas y las direcciones subconscientes del individuo, que otras extrañas.

Soy un enamorado de las cosas de la raza. Ante América que esfuma sus contornos más allá de los siglos, y que como una frase sin pronunciar se encierra en el secreto de sus jeroglíficos; ante la afinidad étnica, que tiene ecos decisivos en nosotros, y el amor a esta raza que se pierde en el misterio, con su inmensa mueca de esfinge en los labios, se abre el corazón con un beso de simpatía.

Hay en nuestro país una clase de literatura: la literatura popular. Literatura de cantón, que perdura en los secretos rurales, en las gargantas de nuestros montes que han envejecido en su fisonomía india, con su gesto de cacique y de fiera. Eminentemente imaginativa, su estructura es un resabio de la alta imaginación americana.

Es una religión la que se traslada, desde las épocas pipiles, en forma de leyenda, despojada de sus teocalis sangrientos y de sus sacerdotes negros.

Como todas las cosas, nuestra mitología tiene su modo de belleza: la estética americana, panteísta y montañera. En la mitología griega había ciudades y un rumor de colmenas humanas, y en la mitología americana había tribus y ruidos de montañas que se arrodillan al bostezo de los huracanes.

Toda cosa es individual. Cada raza tiene su psicología propia, su modo de ser, íntimo y único, en todas las cosas, en todas las energías, en todas las actitudes: en belleza, como en feúra, en el bien como en el mal. Por eso América evolucionará distintamente, en un futuro que ya amanece, y tendrá su ciencia y su arte propios, producto de un desarrollo vernáculo. La filosofía del mundo, está en la adaptación al medio ambiente: todo nace de él y él es el molde prototípico e infundible; lo demás es un producto.

Se quemará el fardo de galiparlismos y tendremos un cuaderno de lengua americana, ya que existe, ya que vive, ya que es real. Y ese futuro que vendrá, potente de nuevos sueños y de nuevas energías, romperá totalmente con la férula de la Academia Española. La lengua genitora, al contacto de los idiomas y literatura indígenas, se transformó; ¡había en América tantas cosas, en ciencia y en arte, que no tenían nombres en español! Y esos nombres se crearon; después de la colonia la nueva lengua evolucionó distintamente, bajo la energía directora de una raza amérigo-hispana.

Surgirá la literatura americana. Y romperá con lo griego, se libertará de lo español, botará tiranías extranjeras. Ya no se sentirá la nostalgia de los azules lagos de Escandinavia, ni de los cielos nevosos y ahumados de la glacial Siberia. Morirán las canciones a cosas tan lejanas, casi soñadas, para cantar a la América olvidada. Hay que tomar contraveneno para ese tóxico latino: la falacia de la inferioridad. Entre nosotros se cumple la más mentirosa de las verdades; ningún hermano es profeta. Somos los idólatras de todo lo que no es nuestro.

Entonces cantaremos a lo propio. Porque la literatura de un pueblo, es la historia de ese pueblo. Las costumbres, las ideas, en general, la cultura se retratan en ella. De ahí una hermosa verdad: los escritores y los poetas son historiadores. Por los escritores romanos conocemos la historia de Roma. ¿Y qué recordará nuestra vida si ésta no se refleja en la literatura? Yo creo, con una idea que lanzó no sé quién normalista salvadoreño, que esa literatura de costumbres que tanto atacan, tiene un valor histórico; dará a conocer nuestra alma actual a siglos que vendrán, llenos de una gran civilización, a opacar y casi a olvidar nuestro brillo relativo.

Y sonará en las flautas de los poetas el silbido de las selvas agitadas por el viento. En el cielo azul lucirán su policromía inmensos paisajes anaranjados, en la hora ensangrentada del

crepúsculo. Los celajes fingirán islas de colores; los volcanes levantarán sus testas calvas, y las nubes ordeñarán sus ubres húmedas y lluviosas.

En el Cuscatlán de la leyenda, en el jardín de aquella misteriosa Tlapallán de los topilzines y de los tectis, el monstruo que habita bajo el vientre del Ilopango exigirá las cuatro doncellas indias que cada año iban a pagarle el tributo de cuatro sonrisas, de cuatro vidas, de cuatro cuerpos olorosos despeñados desde lo más abrupto de las rocas; el Brebaje Negro, exprimido del extramónio, volverá a enloquecer a las multitudes, en su danza frenética alrededor de un ídolo de plumas, ante una misa de copal, en la punta de un huracán, cuando el agua apaga las llamas rojas del ocotl. Los hechiceros cruzados de garabatos, sonarán sus tambores de piel de serpiente.

Volverán las chinampas mexicanas a flotar sobre el lago de Texcoco, y sobre su lomo palustre, florecerán las hermosas flores antiguas, y los salvajes jardines, todos poblados de violentos perfumes. Los guerreros indios que al son del caracol y del teponahuaste, se lanzaron flecha al hombro, contra los blancos tehules, llevando en su orgullosa frente de bronce, tres plumas de quetzal, agitadas al viento, tendrán himnos de gloria, y la música bética de los pájaros hermanos, chiltotas y cenzontles desatarán su gárrula de cristal y sonará en los troncos de los árboles podridos, el chin-chin-tor del viejo reptil; el amate, árbol sagrado de los pipiles, reventará cuando la luna se duerma sobre el campo, su misteriosa flor sólo visible a los niños y a los mudos; y Cadejo, el mitológico visitante de los cementerios, con sus ojos de fuego, encenderá la obscuridad de los senderos. Pasajes negros y espantosos, en la vecindad de los barrancos y de las quimámbulas; bellos y apacibles en la dulzura de los vallados; será azul como un cielo, verde como una montaña, gris como un volcán, riente y musical como una mañana llena de pájaros. Las baladas y los sonetos, irán exprimiendo sus ubres de miel de un bucolismo extremadamente silvestre.

Entonces será la literatura propia, una literatura histórica. Literatura que llene el alma de autoctonismo, con un sabor a cosas americanas y un fermento de los viejos panales indígenas.

Ese es el porvenir de la literatura, lógica y educadora, de tendencias nacionalistas, y el futuro del verso americano.

Esta mitología de Cuscatlán forma parte de una pedagogía nacional.

No pretendo ni quiero que esta sea una literatura infantil, en la comprensión que le dan algunos pedagogistas. Con Braunschvig, comprendo el desprecio de los niños por los libros vestidos con tanta artificiosidad, en que veo un error: el de querer ponerse en un plano torpemente infantil, prolongado hasta la banalidad. Y el fastidioso método de algunos que por el simple prurito de dar a todo un colorido moral, caen en la monotonía, desfigurando la belleza y la verdad. De esa idea, soy el más fiel enemigo.

Por eso, sin la moralomanía de éstos, no he juzgado conveniente desfigurar de esa manera la mitología de Cuscatlán. La literatura infantil tiene por objeto iniciar, despertar el sentimiento de lo bello en el niño. Aún más: nuestra mitología no es amoral; tiene el sello de la sencillez y del candor que emana de aquel tiempo niño.

No es este folleto, como diría Juan Ramón Jiménez, si reeditara otra vez su "Platero y yo", algo parecido a un polichinela. Ni va acariciar la moral ridícula de los pedagogos viejos, canos del corazón y más antiguos aún del cerebro.

Proclamar la bancarrota de esos rubores mal entendidos se llama, para algunos, el nihilismo pedagógico; para nosotros, eso no es más que romper con lo de antaño. Sé que sobrarán

para este modo de pensar, adjetivos acres. Si amar el arte es pecar contra la pedagogía y la moral de esos señores, sea. Ante todo, está la niñez, condenada por esos matadores de almas, asesinos del sentimiento y del ideal, a encerrarse y atrofiarse en su estrecho criterio, todo antiestético y todo antirracional.

Los que inspirados en el misterio de esta América, que prolonga el párrafo de sus montañas y de sus razas en esta inmensa noche en que la ciencia se está quebrando los dientes ante su secreto, torpe y necio como de piedra, serán los mejoradores de este ensayo, que sólo tiene el mérito de ser sincero.

No me equivoco, quizás, al esperanzarme en que este trabajo va a ser aceptado, no en la forma en que yo lo presento, pero sí en el fin que persigue: la americanización de la enseñanza.

Por lo demás, no es posible que en un escaso folleto se refleje la vida, el esqueleto de una época. Obra es de muchas voluntades. Como alguien dijo, para comprender aquella época es necesario trasladarse a ella, respirar aquel ambiente, sentir con aquel medio y con aquel corazón.

Sólo se odia lo que no se comprende; los espíritus filosóficos hallan en todo una belleza y una razón de ser. Hay que amarlo todo, porque la filosofía del amor es la más hermosa de todas las verdades. Vibrar con todo, y tener para todo una sonrisa, es el medio para encontrar, por sobre todas las mentiras, la verdad única.

La historia se repite, anuncia el autor de "La Cosecha Humana".

La deshispanización del continente, a la que Fernando Ortiz aclama tanto en "La Reconquista de América", es de los problemas que oculta y latente ha estado modificando la vida del continente. Porque, demostrado está, somos indios. De los cinco litros que tenemos, una copa de sangre española canta en nosotros; lo demás es fibra americana. Cada raza tiene una energía potencial, para un futuro desarrollo y una futura vida. Del cruce de España y América resultó una nueva raza; creer esa raza españolizada fue el error. La gran población de América absorbió el contingente español. Porque no estoy de acuerdo en la cifra demográfica calculada por José Acosta, al decir que América en el siglo XVI, tenía 20 millones de habitantes. En efecto; calculemos la destrucción de la raza antes de la conquista y la población que encontraron los españoles. En Méjico 20,000 sacrificados anuales ensangrentaban el teocalli; los soldados muertos en las guerras; los fallecidos por la残酷 de los castigos, de las enfermedades; los fieles que se enterraban con los amos, toda esa población perdida cada año, a través de tanto tiempo, no impidió al Anáhuac, en la hora libertaria, gastar inmensos ejércitos contra Cortés; en 10 millones taso yo la población de Anáhuac a la llegada de los conquistadores. El murmullo que produce la gente reunida todos los días en la plaza de Méjico, decía Cortés, se oye claramente a una legua de distancia; en el mercado principal de Tlaxcala se estrechan diariamente más de 30,000 personas.

Y calculad cuántos Méjicos cabrían en América: contad los 16,000 quichés de Tecum-Umán, en una sola batalla; por cada español morían 40 indios por término medio; haced la estadística de centenares de batallas parecidas; y contemplad la gran horda americana sobreviviente, mujeres y niños en su mayoría, exterminada en su odioso régimen de las Mytas.

Tan vasta población fue bien capaz de absorber la poca sangre española. La poca herencia blanca que nos quedó no implicaba iguales rutas. La españolización de América fue un mito;

el resultado de eso lo veo yo en el movimiento libertario del continente. América no marchó con España, sencillamente, por la heterogeneidad de tendencias, de fines, de orientaciones, en dos palabras, de almas.

Sin embargo, la presión armada, la cultura española asimilada, la religión, todo eso, dejó una tendencia, un nexo hispanista pero un nexo temporal, momentáneo, parcial.

Los pueblos evolucionan, desarrollan, crecen según una dinámica especial, patrimonio aislado de cada entidad. América desarrolló en una órbita propia; en un círculo americano. El contingente ibero, con su fuerza hereditaria, al contacto de la otra fuerza dio un fruto injerto, distinto, tal como aconteció a los romanos con sus derivados, los neolatinos. Evolución distinta, divergente casi en todas las esferas: en el idioma, en las costumbres, hasta en los vicios.

Todo ese movimiento se ha ido verificando lentamente, pero con la constancia ineludible del tiempo. Sin embargo, a pesar de la gran corriente americanista, existen obstáculos en pie, y que somos nosotros, los maestros, quienes debemos solucionarlos, ya que se desenvuelven en el rol educativo. Uno, el principal quizás, es la americanización de la enseñanza. Otro, con visos de una gran obra sociológica, es la educación de la raza indígena; no es destruyéndola como se hace obra patria. El error y el fracaso español fue creer que su civilización debía imponerse, que la cultura indígena debía destruirse. Si las dos civilizaciones se hubieran complementado, España habría aprendido grandes cosas de América. La destrucción del indio, sea por la barbarie conquistorial, sea por la epidemia habida del contacto de dos razas, como dice Julio Mancini, originada por el antihigienismo reinante en Europa al mezclarse con la raza pura, higiénica, que existía en América, dio a España una menor fuente de explotación. El 20% de la población salvadoreña es de indios. "Mentalidad no les falta; lo que les falta son medios de cultura, elementos de explotación mental", ha dicho un pedagogo salvadoreño. Tal contingente, unos 300,000 indios en nuestro país, organizado, disciplinado, sería a la patria una riqueza aportada a la energía cultural del país.

Cómo una arena en la obra de nacionalizar la enseñanza, propongo esta mitología de Cuscatlán.

Sé que su único mérito es llevar buenas intenciones. La mitología india, bien aprovechada, sería un factor de cultura estética, una literatura infantil nacional. Además, en ella se traduce algo del ingenio de aquella raza. Las mitologías son las religiones muertas; en ella se traduce la literatura, la astronomía, la moral, etc. La mitología ha hecho luz donde la historia no había podido hincar su piqueta. Ella nos mostrará que la raza americana no era amental. La colonia fue una época de mentira, de prejuicios; toda la matanza, la guerra, dejó un fermento de desorganización; por eso la colonia fue fatal. Era la pugna de dos tendencias contrarias que luchaban; era el desequilibrio del alma. En aquel ambiente localista y estrecho, un prejuicio se entronizó: la intelectualidad de la raza indígena.

¿Sería, en efecto, una raza biológicamente inferior, inintelectual por el tabaco y poco artista por el alcohol? ¿No legisló Quetzalcóatl como el profeta bíblico, y predicó, antes de Cristo, el hermanamiento de los hombres, y la caridad y la dulzura del cristianismo? En la duda, se alza la figura de Netzhualcóyotl, el rey poeta, que antes que en Europa, fundó academias de historia, de astronomía, de bella literatura, donde se cultivaba la poesía, de música, pintura y escultura; que multiplicó las escuelas; que se preocupó tanto de la agricultura y apreció antes que nadie el papel higienizador de los bosques, prohibiendo su descuaje bajo penas severas; que proclamó la amnistía general; que reformó los tribunales de hacienda, guerra y justicia.

De los mejicanos, ¿quién no ha saboreado sus versos y conocido sus poetas, y apreciado su retórica, que ya había creado la métrica y la cadencia? Tenían su aritmética, al igual de los mayas, de gran perfección; su idioma, sus mapas, calendarios, etc.; los inmensos museos zoológicos, en la capital mejicana, en donde se colecciónaban todas las fieras, las aves y los reptiles que existían en América; el lujoso harén, los teatros, los jardines públicos. El consejo general de educación reunido en Méjico, que decidía sobre la aptitud de los maestros de arte o ciencia. La medicina india, casi herbológica, ha dado buenos resultados donde la medicina moderna ha declarado su impotencia. Los astrónomos indios, que como Galileo, detuvieron al sol en el espacio y lo hicieron centro del sistema solar. Aún hay más: algunos creen que en América se volaba; habían encontrado un método que neutralizaba el peso del cuerpo. Tanta industria: telas, papel, licores, tintas, la platería, el arte de plumería mejicano, esos destellos que nos llegan de la grandiosa civilización americana, perdida en el misterio, nos demuestra que no tiene razón el escritor prusiano Paw, quien en su afán antiamericano, califica estos pueblos de una civilización nula.

Si la historia existiera, no andaríamos a tientas. Pero todos los documentos se quemaron. Porque después de los ejércitos rojos de la guerra, vinieron los ejércitos negros de la religión. El fanatismo, era el cáncer que estaba minando a España, arrojada a los pies del Santo Oficio. Aquí mismo, en Guatemala, la Inquisición implantó su obra destructora. Entre esa especie de canibalismo adquiere proporciones de humanicidio el Auto de Fe de Maní, en el que se quemaron 35 piedras y 27 libros que hubieran sido otros tantos soles de verdad.

Después que se extinguió el grito que saliera de los labios puros de un genio, América sintió un olor a tumba, al ruido que se acercaba, de los centauros blancos que traían como signo una cruz y un puñal. Pasaron los descubridores, con su verbo de civilización, y vinieron los conquistadores, con su palabra de exterminio. Por los indios no se supo nada, porque la violencia de los frailes así lo quiso. Todo acto, toda cosa que recordara su pasado, era considerada como una hechicería, y castigada como tal; se impuso silencio. Después, cuando comprendieron el error, los mismos frailes quisieron reparar el daño. Se hicieron gestiones. Era imposible. Los naturales se obstinaron en no revelar la verdad a los enemigos de la raza, a los destructores de su civilización.

Hay una clase de miopía: la miopía del espíritu; mirar la vida y la verdad torpemente.

De esa fatal anopsia adolecemos. El error ha sido juzgar la raza americana por los indios de la época colonial o post-colonial; raza degenerada, procedente de las escorias étnicas; perpetuadas por la supervivencia de los inútiles; la alta América, mental y físicamente murió cuando el estandarte de Castilla se implantó, sobre un charco de sangre, en el cementerio de la América libre, muerta con la agonía de los quetzales quichés. América gastó en la lucha por su libertad, durante sus años de fatiga, toda la vitalidad del continente. Todos los elementos viriles, todo lo capaz de ser grande, murió en aquella sublime lucha libertaria. Los ancianos, los niños y las mujeres, en poco número relativo, sobrevivieron a aquella hecatombe de sangre.

Y la raza, no se pudo transmitir íntegra por aquellos inválidos medios de perpetuación.

Los niños nacidos en la conquista o después de ella, debieron ser inferiores, cualitativa y cuantitativamente, a los nacidos antes. Durante las guerras disminuye la talla y el peso de la generación, según demostró un profesor alemán, en la pasada guerra. Durante el estado de preñez, la vida de la madre modela la vida del hijo; el hambre, las persecuciones, los minutos de angustia, castigaron aquellos vientres en flor; en aquellos momentos de muerte para la raza, el negro martillo de la degeneración golpeó la generación que se incubaba. Por las

mujeres no se pudo transmitir íntegra la herencia. Por los hombres, ¡aquejlos pilgajos humanos no eran hombres! Aquellos se hundieron en el inmenso estertor del continente.

Pueblos enteros quedaron en el campo de batalla; Guatemala tiñe el Tilapa con la sangre de sus indios. Tenochtitlán está encantado con los milagros de heroísmo que cuentan sus calzadas. Texcoco rebalsa cráneos. En toda América un himno de muerte se extiende por los cielos obscurecidos. Mueren Caupolicán, Lempira y el socialista moreno Urraca. Después de esta cruzada libertaria sólo quedan los que saben llorar.

Los leones partieron; partieron y dejaron en sus cavernas, quetzales muertos, y garras crispadas en un gesto de amargura y de protesta.

"La guerra siempre es causa de que retroceda la selección", dice Nevicow. "Muere en ella la aristocracia étnica, los hombres más aptos para la vida; y éstos no dan color a la herencia. Se pierde con ellos la fuerza física, valor, agilidad, viveza, patriotismo, que son la característica del soldado".

El presente de un pueblo, es el resultado de su pasado; la nación arruinada o beneficiada por sus momentos de dolor o sus momentos de placer. Starr Jordán, fundándose en las ciencias biológicas, ha negado la vieja paradoja de que una generación guerrera, hace guerrera la generación siguiente; y asienta estos dos principios: La sangre de la nación determina su historia; la historia de la nación determina su sangre.

Por eso América supo defenderse, inmolar la última gota de sangre en aras de su libertad. Los españoles se asombraron de la tenaz resistencia. Y Alvarado escribía: "Nunca podré someter a este indómito Señorío de Cuscatlán".

Y el apartamiento; la época de la conquista, de pillaje y bandolerismo; la esclavitud, a la que llamaban Encomiendas, o Mytas, o con cualquier disfraz, toda esa historia de destrucción, de incendio, explica el inmenso retroceso de la selección, el porvenir de esclavitud, y debilidad, y degeneración, proyectado sobre las indiadas pusilánimes y bestializadas. Pusilánimes, porque las almas viriles que no aceptaron el yugo, murieron. Para mantener su hegemonía, España tenía que despotizar. Toda aspiración a la libertad era contra los intereses españoles y España impuso su tiranía de hierro. Hay veces que me dan ganas de decir, como dijo el poeta: "Crímenes son del tiempo y no de España". Las circunstancias lo exigían.

Los que quedaron todavía sentían sobre sus espaldas el látigo del conquistador; tantos años de obscuridad, mataron o anestesiaron aunque sea aparentemente, el espíritu del americano, obtenido en tantos años de evolución, en aquellos despojos degenerados de la raza. Del americano, que antes vivió bajo el cielo lleno de estrellas, en los montes infinitos, por sobre los horizontes alargados y libres.

La colonia fue la divisoria de dos rumbos. El evo precolonial, donde la cultura americana cinematiza progresivamente, y la época postcolonial, en donde una raza híbrida perpetuaba los vicios de las razas cruzadas. Por eso era un error juzgar la una por la otra; el solo hecho de la guerra era un factor casi total de degeneración.

La psicoetnología americana comprende dos etapas: 1^a el carácter de la raza india antes de la colonia; 2^a en la colonia, y mucho después de ella, en la que se ejercieron y reinaron los rasgos característicos del colonaje, prolongando así, no la colonia política, Pero sí; una colonia indirecta, en la que predominaron el temperamento y el carácter del cruzamiento americano-español.

Y si por esta etapa étnica se pretendiera apreciar la raza americana se formularía un absurdo silogismo, incientífico, ilógico, tontamente hilvanado y carente de todo sentido común.

Dos pueden ser los agentes educadores de una raza: 1º la educación; 2º el cruzamiento, si bien en este punto hay sus discrepancias; es cierto, dice Fouillée, que el cruce de dos razas en un mismo grado de civilización, y en un mismo período evolutivo, da resultados benéficos; el producto, neoraza, traerá las virtudes de sus genitores; las diferentes cualidades no chocarán. En este caso, el cruce es un filtro mejorador, psicológica y fisiológicamente, en la esfera mental, moral y física.

No así en la mezcla de razas diferentes, en etapas de civilización distante. Según Darwin, de tal modo domina la "ley de regresión", que reaparecen rasgos de inferioridad, que desde muchas generaciones anteriores se habían borrado. Dice Fouillée, la teoría mecánica de los cruzamientos está establecida: dos fuerzas contrarias tienden a anularse tanto que una tercera, por débil que sea en su origen, puede dominar la resistencia de las dos restantes, a medida que éstas están más próximas al punto de neutralización mutua. Por eso hay en los cruzamientos lo que suele llamarse ley de "incoherencia", lo que se traduce por un doble efecto, de falta de armonía en el mismo individuo y de semejanza con los individuos, inmediatos de ambas procedencias. El desequilibrio se produce en lo moral como en lo físico.

Y en otras páginas prosigue: "la fusión sólo puede efectuarse de lo que es común o a lo menos armónico": y ¿qué pueden tener de común un hombre civilizado con un salvaje? Los instintos primitivos de la raza humana.

En la mezcla de las razas, la inferior, por lo general, no toma de la superior más que los vicios, mejor hermanados que las buenas cualidades con sus tendencias hereditarias.

Si nosotros tomamos los vicios de los españoles, y si tomamos en cuenta la clase de españoles que nos conquistó, deben asaltarnos graves dudas. En efecto; el misterio que rodeaba a estas tierras, la inseguridad de volver a la patria, no podía sacar de España a los que tenían un porvenir asegurado; vinieron los aventureros, ávidos de oro, y para fomentar la emigración, el gobierno español decretó la amnistía para todos los reos prófugos, a los que habían incurrido en algún delito, con la rígida condición, decía el decreto, "de que irán a América, a defender a España y a nuestra santa religión".

Y el gobierno consiguió su objeto. Se descongestionaron los presidios. Los reos prófugos adquirieron garantías. Asesinos, ladrones, incendiarios, la hez de España, felina y sanguinaria, vino a colonizar América, y a dejar su simiente degenerada en estas tierras. El fondo moral de los indios sufrió menoscabo, en su descendencia, al mezclarse con la moral de los bandoleros hechos soldados, por la eminente hereditabilidad de los vicios. Los españoles que nos conquistaron —no la España laboriosa y robusta, sino la España de los desocupados, la España degenerada por la pobreza— aportaron esos factores retrogradativos a la formación de la nueva raza; porque vinieron a América los que no tenían medios de subsistencia en la península. La pobreza de las sociedades, es la muerte de esas sociedades; disminuye con ella la energía intelectual, la energía moral; de ella nace el crimen, la prostitución y la imbecilidad.

Los españoles, se ha dicho, son perezosos. No sé quién gran vapuleador, en una crítica feroz al españolismo, dice: "que la característica de las ciudades españolas, es que hay en todas un hombre recostado en un farol".

Los orientales son la raza más apática del mundo. La pereza tiene su causa en un parásito: la uncinaria, que extenua al individuo, produciendo la anemia, que indefectiblemente arrastra la miseria física, intelectual y moral.

La expansión árabe, y su definitiva estancia en Granada, propagó en sus circunvecindades mucha herencia mora. En la región comprendida del Ebro al Gibraltar fue donde se hizo sentir más la influencia árabe. Es tanta la heterogeneidad étnica de España, dice Fernando Ortiz, que él no reconoce una raza española, en el sentido estricto del vocablo. Cuando la conquista, el español tenía mucho de moro; el carácter impetuoso, con llamaradas de entusiasmo, la irascibilidad, etc. El imperio árabe, conquistado en un minuto, tenía que caer porque carecía de consistencia; era una potencia hecha de espuma de jabón. Todas las obras de la violencia, son, en síntesis, raquíáticas. Al árabe le faltaba la persistencia, la voluntad consciente del esfuerzo. Fatalmente para nosotros, España fue un paréntesis (a través de él saltaron los moros hasta América y dejaron sus vicios).

Examinemos a los Jefes conquistadores; hombres incultos, que tenían como mérito a su capitaneazgo, su solo deseo de aventura; la riqueza de estos países los atraía, tras eso vino Cortés, Pizarro, Almagro; así vio Cuscatlán, con las narices hinchadas de placer, las pupilas felinas de Tonatiú, ebrias de oro; así entró Alvarado a Guatemala, violando princesas y robando mujeres. Los españoles saciaron su furia sensual en las mujeres indias, corrompiéndolas e iniciando la prostitución, como machos mitológicos quemados de un desenfrenado panismo.

La Iberia vació sus lobos, rojos de deseo, enfiebrados ante la caza del indio, que era un festín de carne fresca. Volvieron las tribus bárbaras disfrazadas de hordas civilizadas. Todos los instintos primitivos aparecieron; no era el hombre, era el bruto ciego de sangre; era la bestia humana.

El oro fue la pérdida de América; tras él vinieron las jaurías desatadas de Europa. Y España no aprovechó su riqueza; sacaba dinero, exprimiendo las ubres de oro, y eso fue suficiente. Paralizó sus industrias, y la Europa activa absorbía su bienestar, todo lo compraba a las otras naciones; el oro nuestro iba a enriquecer a la Europa de las máquinas y de los talleres. España sirvió de puente. Y, digamos, la explotación de América fue la muerte industrial de España, y el egoísmo español, fue la muerte industrial de América. Porque aquélla paralizó sus industrias y explotó a América. Pero explotó las riquezas naturales. Ni fomentó industrias, ni agricultura, sino al contrario, prohibió toda iniciativa, todo comercio con otras naciones, a fin de que recibiéramos todo de la escasa arteria española, que tenía en América un caudaloso mercado.

América quedó pobre, arruinada, explotada. Era el grito de todos esos vicios españoles. Era el desequilibrio que producían dos tendencias contrarias que luchaban, y que en la época presente parecen armonizadas. Era el desoriente. A la sombra de ese caos, América ha dado traspiés.

Era un tiempo perdido entre la tarde de los siglos. Sobre América se cernía un hálito de vida. Como un ala inmensa que golpeara vientres nacían del cielo las deidades, poblaban el valle y ascendían la colina.

En el silencio de la tribu, sobre la muda soledad de la caverna, silbaba el huracán, la oración panteísta de las fuerzas adversas, el odio y la venganza de los dioses sanguinarios. Y la noche, con su alma negra, volcaba toda su fiebre sobre el río, y la cañada estaba triste, y había en el ambiente un húmedo presagio de fantasmas. En la loma, bajo el ceibo, sobre el maizal. Allí nació nuestra mitología. Nació de la contemplación y del silencio, con un enorme

perfume de montaña de América en oración ante la naturaleza: el cielo, la nube, el bosque, la canción de la laguna que agoniza sobre la playa. Fue en el silencio de las montañas que sus razas morenas, ante el misterio de los cielos y de las aguas, teñían sus leyendas con salvajes tonos de bosque y de volcán. La naturaleza coló toda su magia en los sublimes panoramas dormidos; Cuscatlán vibró y sintió con sus florestas, y con la ligereza de su cielo idilizó leyendas de millonaria fantasía.

En los griegos influyó un alto grado de civilización. Sus dioses eran sensuales y viciosos. Los nuestros estaban exentos de los vicios humanos, pero en cambio eran sanguinarios, y sólo sonreían cuando el teocali humeaba corazones deshechos y sangre de inocentes niños.

En los americanos todavía se cernía fatídicamente la figura vengativa y sanguinaria del Jefe muerto; los castigos y las penalidades; las enfermedades; todo ese cúmulo de influencias formaron nuestra mitología más fantástica, con un pronunciado olor a caverna, pletórica de sombras que se deslizan en la espesura. Por eso en las noches tenebrosas, cruzaba las selvas el grito horripilante de Enectágat, El Terrible Gritón; y Siguanaba la mujer de los ríos, loca y fea, ríe, ríe, ríe y en el panorama de la selva oscura, entre el ruido de la cascada que se despeña, rueda su carcajada, llena de histéricos augurios. Pero en medio de los tonos mitológicos rojos la delicada poesía americana se muestra; y llueven ante el altar de los dioses buenos, oblaciones de flores y de leche, de plumas y de miel. Es Chasca, la diosa de la Barra de Santiago, ahogada ante el cadáver del Amado, de Acayetl, muerto ante el dardo maldito de Pachacuteec, el viejo sin corazón. Cipitín, el numen de los amores castos, que habita en las corolas de los lirios silvestres. Los Bacabes, chortíes, cuatro enormes gigantes, rojo, amarillo, blanco y negro, que sostienen el cielo por las cuatro esquinas. Los sublimes idilios de nahualismo, el poético fanatismo de las conjuraciones. Melenas de león, plumas de quetzal, música de rugidos y de cantos que prenden una melodía en el corazón.

Sin embargo, no se crea que la mitología de Cuscatlán era un conjunto de fábulas, nacidas al calor imaginativo de nuestros antepasados. Muchos de sus héroes habían vivido entre los hombres; la ignorancia o la gratitud los había deificado: los guerreros y los sacerdotes eran divinizados. O sus dioses eran representaciones alegóricas de fenómenos naturales, símbolos de las causas que rigen el cielo y la tierra, el aire y el agua. Los astros eran adorados como dioses. El rayo tenía su potencia dominadora, el gigante Chaac, dios del trueno y de la agricultura.

Y así se recorre el pentagrama de sus dioses.

Dulces o sanguinarios, se adivina en todos el color de los vinos empolvados de la civilización americana.

Los españoles, en su fanatismo, destruyeron las fuentes mitológicas, que fueron corrompidas, ridiculizadas o desnaturalizadas. Víctima de ellos es Cipitín, el panzudo comedor de ceniza, que viste un enorme sombrero aludo, en vez del gracioso niño que alegra la seriedad de las márgenes en los ríos furiosos con sus risas hurañas. Pero despojada de insultos españolismos, la mitología patria conserva la poesía de aquella raza artista —incomprendida y por eso despreciada— que cayó, agitando una bandera de protesta, dejando en sus canciones fosilizado su temperamento artista.

Por eso ante la leyenda que resucita, yo me descubro; y pasan en la cinta mental, Grecia con sus arenas encendidas, y los bosques lunecidos de la América, meciendo con un ciclón de gloria las cunas de los dioses.

COSMOGONÍA

LA profunda imaginación de los pipiles creó su cosmogonía, que tanta poesía encierra. La tierra rodaba en el espacio, zumbando en el silencio, dice. La noche se agrandaba en los contornos de las cosas. Todo es negro, negra la tierra y negro el cielo. El frío se extendía en las frías cavernas de la Nada.

Es el vacío.

La muerte está echada sobre el mundo. Nada vuela, nada flota, nada calienta. Ni ríos, ni valles, ni montañas. Sólo está el mar.

Un día Teotl frotó dos varitas de achiote y produjo el fuego. Con las manos regaba puñados de chispas que se esparcían por el vacío formando las estrellas. El misterio se poblaba de puntos de luz.

De pronto, en lo más alto del cielo, surgió Teopantli, el Reformador, que rige el Universo. Surgió sonriente, envuelto en una cascada de luz.

Teotl lanzó el último puñado de fuego, que allá abajo se condensó en un témpano de luz: ese fue Tonal, el buen padre Sol.

Pero entre el ruido de los capullos de la vida que reventaban, de los mundos que se engolfaban en sus órbitas, de las explosiones de la luz, Teopantli lloró.

Y su lágrima rodó, hasta quedarse suspendida. Se hizo blanca y giró. Esa fue Metzti, la buena madre Luna. Por eso es triste. Proyectó su luz sobre la tierra y ya no estaba vacía. Los mares se rompían contra las costas. Había montañas y había barrancos. Sobre las cumbres peladas rugían las fieras. Su luz pálida iluminó un combate de leones. En las charcas y entre las lianas corrían las lagartijas. Los ríos se retorcían como culebras blancas. La vida cantaba.

Explica después cómo fue creado el hombre, nacido del coágulo de un nopal, que se enfangó dando origen a una casta de hombres malos, que indignaron al Creador. Se desató sobre ellos una furiosa lluvia, y el huracán silbaba quebrando las montañas. Todos murieron, a excepción de Coscotágat y Tlacatixitl, nuestros padres.

Después de ese desastre la humanidad ha venido perfeccionándose poco a poco.

Curiosa es, entre los pipiles, la leyenda de los cuatro soles, extinguidos en épocas anteriores, y que corresponden a cuatro edades durante las cuales ha desaparecido la vida en el planeta, a consecuencia de grandes cataclismos.

En todas esas fábulas se ha creído ver fenómenos alusivos a conmociones sísmicas, a fases geológicas por las que ha atravesado nuestro planeta.

LOS DIOSES

No hablaremos largamente de los dioses pipiles, a cuya cabeza estaba Teotl, el creador, padre de la vida; Teopantli, que regula el cielo y la tierra; Tonal, esposo de Metzti (el Sol y la Luna); Tlaloc, dios del agua; Camaxtli, de la guerra; Teomikistli, de la muerte; Lulin, del infierno; Centeotl, diosa del maíz, y Cuetzpálin, diosa de la riqueza.

Entre los chortis, de Chalatenango, Acat, dios de la vida; A-Balam, de los bosques; Abolok-Balam, de la cosecha; Chaac, inventor de la agricultura, dios de los truenos y relámpagos; Ahulneb, dios guerrero; Ixchebel-Yak, diosa de la pintura; Zuhuy-Kak (la virgen del fuego), vestal de Uxmal deificada a causa de sus grandes virtudes; Ixchel, diosa de la medicina;

Xocbitún, dios del canto; Pizlintec, de la música y poesía; Citbolontun, de la medicina; Ah-Tubtún, que escupía piedras preciosas.

Sólo esbozamos este capítulo para hablar de los semidioses y del Nahualismo, aquí incluido, que es donde la imaginación india puso más poesía, y que para nuestro fin pedagógico es más ventajoso.

Los BACABES

HUBO un tiempo en que la creación se vio amenazada. El cielo se estaba desmoronando. Vacilaba al peso de las estrellas.

Era la infancia de la humanidad. Poco hacía que la tierra, en forma de una nube larga y gris se arrastraba por el espacio húmedo. Poco hacía que se había condensado, dando origen a esta inmensa bola en que vivimos.

Pero era lo cierto que el cielo se caía, como una plancha sin sostén. Tal era el derrumbe, y las quejas de la tierra eran tan numerosas, que Dios pensó seriamente en cortar el mal.

Y creó cuatro gigantes.

En las cuatro esquinas del cielo apoyaron sus espaldas los enormes hombres. Y el cielo se detuvo. Las estrellas afianzaron sus pilgajos de luz.

Desde entonces están, firmes siempre, parados los gigantes en las esquinas del cielo. Son cuatro: Kan-Xibchac, en el Sur; Chac-Xibchac, en el Oriente; Zac-Xibchac, en el Norte; Ek-Xibchac, en el Poniente. Kan es amarillo, Chac, rojo; Zac, blanco, y Ek, negro.

Presidían cada uno, por turno, un período de cuatro años. Representaban los puntos cardinales, a quienes daban su nombre.

Eran tenidos como dioses del aire. Súbditos de Achuncan (centro o fundamento del cielo) su poder se cernía por sobre las estrellas, y agitaban sus alas membranosas entre las furias de las tempestades.

Los ARBOLARIOS

ERAN los genios de las tempestades. Ladrones de los lagos, hace poco tiempo que aún cometían sus fechorías. Una vez traían robada una laguna en un cascarón de huevo, de quién sabe dónde, y al pasar por el volcán de Tecapa se les cayó, de lado, motivo por el cual esa laguna está inclinada. Otra vez intentaron, con mal éxito, robarse el lago de Guija.

Era de verlos, cuando la tormenta venía bramando, despedir chispas con sus ojos barcinos. Eran mujeres malas y dejaban la destrucción por donde pasaban.

Si en las tardes borrascosas se oía un ruido sordo, era que venían montados sobre palos secos, chiquitos y terribles. Caían sobre las milpas y las tronchaban. Se hacían lagartijas o culebras y mordían a los curiosos que los veían.

Chasca, la virgen DEL AGUA

CHASCA era la Diosa de los pescadores. Salía en la barra de Santiago, en las noches con luna, remando sobre una canoa blanca. La acompañaba Acayetl, su amado. La pesca abundaba en esas noches. Aún hoy día se la recuerda:

*Pescador, salió la luna,
desenvuelve tu atarraya:
esta noche es de fortuna,
pues ya viene,
la hermosa canoa blanca.*

*Nada temas, Chasca es buena,
no hay quien sea como Chasca
que le quita a uno la pena
cuando sale
en su gran canoa blanca.*

Fue en un tiempo lejano. En la Barra vivía Pachacutec, un viejo rico, pero cruel. Tenía una hija prometida por él a un príncipe zutuhil. Se llamaba Chasca y era bella.

Un día ella conoció a un pescador, apuesto mancebo a quien llamaban Acayetl. Vivía en la isla del Zanate.

Y se amaron.

Pero Pachacutec se opone a ese amor. Sin embargo, todos los días cuando el sol abría los ojos tras la montaña, ella escapaba de la choza, situada entre un bosquecito de guarumos, y se iba a la playa donde Acayetl desde su balsa cantaba dulces canciones.

Pero una mañana fue triste. La poza del Cajete amanecía dorada por el sol. Un viento frío que se arrastraba raspando los piñales vecinos, olía a mezcal. Triste y fría, triste y callada; triste y solitaria; así estaba la poza del Cajete.

De pronto una canoa apareció. Era Acayetl. Corría, y ya se acercaba a la playa, cuando entre los juncos de la orilla un hombre oculto disparó una flecha. Era un enviado de Pachacutec. El pescador cayó muerto.

Y cuando el mar se estaba poniendo rojo, una mujer gritó en la playa. Era Chasca.

Corrió, loca en su dolor. Poco después volvía con una piedra atada a la cintura y se lanzó al agua. El mar tiró sus olas sobre el cuerpo de la virgen.

Cuando Pachacutec murió era una noche de luna. Entonces se apareció por primera vez Chasca, en su canoa hecha de una madera blanca, al lado de Acayetl.

En el paisaje de arena y sal, sobre el fondo negro del monstruo que se agita, a la luz serena de la luna llena, Chasca con su vestido de plumas, es la eterna nota blanca de la Barra.

LA SIGUANABA

ALTA, seca. Sus uñas largas y sus dientes salidos, su piel terrosa y arrugada le dan un aspecto espantoso. Sus ojos rojos y saltados se mueven en la sombra, mientras masca bejucos con sus dientes horribles.

De noche, en los ríos, en las selvas espesas, en los caminos perdidos, vaga la mujer. Engaña a los hombres: cubierta la cara, se presenta como una muchacha extraviada: "Iléveme en ancas", y les da direcciones falsas de su vivienda, hasta perderlos en los montes. Entonces enseña las uñas y deja partir al engañado, carcajeándose de lo lindo, con sus risas estridentes y agudas.

Sobre las piedras de los ríos golpea sus "chiches", largas hasta las rodillas, produciendo un ruido como de aplausos.

Es la visitante nocturna de los riachuelos y de las pozas hondas, donde a medianoche se la puede ver, moviendo sus ojos rojos, columpiada en los mecate gruesos.

Hace mucho tiempo que se hizo loca. Tiene un hijo, de quien no se acuerda: Cipitín, el niño del río. ¡Cuántas veces Cipitín no habrá sentido miedo, semidormido en sus flores, al oír los pasos de una mujer que pasa riendo, río abajo, enseñando sus dientes largos!

Existió en otro tiempo una mujer linda. Se llamaba Sihuélut y todos la querían. Era casada y tenía un hijo. Trabajaba mucho y era buena.

Pero se hizo coqueta. Lasciva y amiga de la chismografía, abandonó el hogar, despreció al hijo y al marido, a quien terminó por hechizar.

La madre del marido, una sirvienta querida de Tlaloc, lloró mucho y se quejó con el dios, el que irritado, le dio en castigo su feúra y su demencia. La convirtió en Sihuán (mujer del agua) condenada a errar por las márgenes de los ríos. Nunca para. Vive eternamente golpeando sus "chiches" largas contra las piedras, en castigo de su残酷.

Siguanaba era el mito de la infidelidad castigada.

CIPITIN

Así era. La Siguanaba estaba loca; la habían visto, riéndose a carcajadas, correr por las orillas de los ríos y detenerse en las pozas hondas y obscuras. Cipitín emigró a las montañas y vivió en la cueva que había en la base de un volcán.

Hace ya mucho tiempo, han muerto los abuelos y se han rendido los ceibos, y Cipitín aún es bello, todavía conserva sus ojos negros, su piel morena de color canela, y todavía verde y olorosa la pétiga de cañas con que salta los arroyos.

Han muerto los hombres. Se fueron los topiltzines, canos están los suquinayes, y el hijo de la Siguanaba aún tiene diez años. Es un don de los dioses ser así. Siempre hurano, irá a esconderse en los bosques, a balancearse en las corolas de los lirios silvestres.

Cipitín era el numen de los amores castos. Siempre iban las muchachas del pueblo, en la mañana fría a dejarle flores para que jugara, en las orillas del río. Escondido entre el ramaje las espiaba, y cuando alguna pasaba debajo sacudía sobre ellas las ramas en flor.

Pero... es necesario saberlo. Cipitín tiene una novia. Una niña, pequeña y bonita como él. Se llama Tenáncin.

Un día Cipitín, montado sobre una flor se había quedado dormido.

Tenáncin andaba cortando flores. Se internó en el bosque, olvidó el sendero, y corriendo, perdida, por entre la breña, se acercó a la corola donde Cipitín dormía.

Lo vio.

El ruido de las zarzas despertó a Cipitín, que huyó, saltando las matas.

Huyó de flor en flor, cantando dulcemente. Tenáncin lo seguía. Después de mucho caminar, Cipitín llegó a una roca, sobre las faldas de un volcán. Los pies y las manos de Tenáncin estaban destrozados por las espinas del ixcanal.

Cipitín tocó la roca con una shilca y una puerta de musgo cedió. Agarrados de las manos entraron, uno después del otro. Tenáncin fue la última. El musgo cerró otra vez la caverna.

Y no se le volvió a ver. Su padre erró por los collados y algunos días después murió, loco de dolor.

Cuentan que la caverna donde Cipitín y Tenáncin se encerraron estaba en el volcán de Sihuatepeque (cerro de la mujer), situado en el actual departamento de San Vicente.

Han pasado los tiempos. El mundo ha cambiado, se han secado ríos y han nacido montañas, y el hijo de la Siguanaba aún tiene diez años. No es raro que esté, montado sobre un lirio o escondido entre el ramaje, espiando a las muchachas que se ríen a la vuelta del río.

¡Oh el Cipitín! Guárdate de sus miradas que encienden el amor en el pecho de los adolescentes.

NAHUALISMO

DEMASIADO acostumbrada entre los indios era la práctica del nahualismo. Cuando un niño nacía era llevado por el hechicero al patio de la casa, en donde invocado el espíritu del demonio, se presentaba en la forma de cualquier animal. Durante varios días, a misma hora, se llevaba al niño al punto indicado, a donde concurría el nahual, con el fin de que se familiarizara con éste.

El nahual era el protector del niño durante su vida, estableciéndose tal unión, decían los indios, que el animal moría junto con el protegido. Conocida es la leyenda de que cuando Tecum-Umán murió, Alvarado tuvo que matar un ave que volaba encima de él —quetzal— amenazándolo. Era el nahual del príncipe.

El indio que llegado a la mayoría de edad no tenía nahual —cosa indispensable para obtener riquezas o ser feliz— se lo buscaba por sí propio.

Marchaba a un lugar apartado, en donde por abuso de ejercicios físicos e impresionado por la soledad del lugar, se dormía. En el sueño se le aparecía el demonio en la forma de cualquier animal, que en adelante pasaba a ser su nahual.

EL TIGRE DEL SUMPUL

ESTABA allí. Negro bajo las ramas, salpicada de luna la faz siniestra. Se le distinguía claramente por las tres plumas de guara que llevaba en la frente; era el Tigre del Sumpul, aquel río solitario y perdido que se arrastra bajo peñas y entre raíces, el río de los crímenes que se ha teñido tantas veces en sangre y ha escuchado tantos gritos de angustia y de dolor. ¡Río de cadáveres y de huesos!

Allí mismo, aquel hombre que se ocultaba tras el tronco de aquel nudoso tigüilote, había robado a los viajeros y había abonado sus márgenes con sangre. Era de origen maya. Se había criado en las montañas, en las altas montañas de Chalatenango, donde la confederación pipil había detenido el avance del imperialismo ulmeca. Desde el alto Cayaguanca hasta el tétrico Sumpul, había recorrido cometiendo crímenes.

En la orilla de los caminos quemaba una mezcla de hojas de "tapa" (datura) y de tabaco, cuyo humo produce sueño, delirios y debilidad física instantánea; hacía caer a sus víctimas por medio de ese violento veneno de la daturina.

Quién sabe por qué circunstancias estaba ahora en tierras pipiles. Y seguía siendo el criminal de antes.

Era bastante entrada la noche. El silencio engrandecía el ruido de las lagartijas que corrían.

Y se oyeron unos pasos apagados por el polvo del sendero. Un mancebo avanzaba. Un indio querido de todo el pueblo, Malinalli (yerba retorcida). A la luz de la luna se le veía, cruzado sobre el pecho, el valioso tejido de piel de chinchintor, que acostumbraba llevar siempre, venía distraído, cantando una vieja canción, cerca ya del tigüilote fatal.

Detrás del tronco nudoso, el Tigre del Sumpul prepara su cerbatana, un carrizo largo con el que dispara dardos envenenados.

Apunta, y en el momento en que Malinalli pasa frente al árbol, sopla en la cerbatana.

Y el joven cayó. El veneno, quizá demasiado viejo, no produjo su efecto inmediato, porque el indio pudo defenderse por algún tiempo sin que la parálisis nerviosa lo imposibilitara. Tras corta lucha, el Tigre del Sumpul sacó una cuchilla de obsidiana, y bajo la mirada inocente de Metzti, la hundió en el pecho de su víctima. Salió la sangre, manchando el suelo, y con un ademán violento arrancó el tejido de piel de chinchintor que llevaba en el pecho.

Y se alejó del lugar.

La desaparición de Malinalli, causó mucho pesar en el pueblo. Todos aseguraban que sería vengado por su nahual: una furiosa culebra Masacuat que, según aseguraban algunos, ostentaba la señal de una gran mancha blanca sobre su lomo negro.

Pasó el tiempo.

El Tigre del Sumpul había huido de tierras pipiles, asustado por los frecuentes encuentros que tenía con una Masacuat larga, con una mancha blanca sobre el lomo negro. Está ahora en el peñón de Cayaguanca.

Era de noche. La luna se paseaba sobre la selva silenciosa. De las montañas vecinas venía un aire frío.

Por la orilla de una ladera escueta, entre un ralo grupo de árboles, caminaba un hombre con una flecha al hombro. En el tronco de un nudoso tigüilote, la luna dibujaba sobre el suelo la figura como de una rama que se movía. Avanzó el hombre, y al pasar frente al árbol, algo se alargó, enrollándosele rápidamente al cuello. Se oyó un grito. Allí, contra el árbol, había un hombre apretado al tronco.

De pronto quedó libre.

Y por la ladera escueta rodó un cadáver.

En la frente se le distinguían tres plumas de guara.

Rodó, rodó por la ladera escueta, bajo la infantil mirada de la luna.

Del tronco se desprendió una culebra.

Se deslizó rápidamente por el sendero.

Una gran mancha blanca se distinguía sobre su lomo negro.

LOLOT, EL NAHUALISTA

CHONTAL

El consejo de ancianos, cuya palabra obedecía ciegamente la tribu, había decretado la muerte de Lolot, el joven siniestro que, un invierno hacía, había llegado a Cuscatlán, llenando con sus terribles amuletos de ruidos y de fantasmas las tristes y desoladas playas del lago de Cuscatlán.

En el pueblo corrían graves rumores. Se habían visto unas llamaradas que salían de entre los árboles, y un olor, un insopportable olor como a orégano quemado. Unas mujeres que volvían de caza a eso de las ocho de la noche, habían oido los gritos lastimeros de un niño torturado.

Un lobo, un espantoso lobo gris, se paseaba rodeando el teocali, a eso de la medianoche. Los esclavos de guardia que lo habían visto se estaban muriendo del susto.

Era necesario poner remedio a tanto mal. Los sacerdotes se reunieron y ya habían dado su informe. Lolot era extranjero. Hijo del vecino pueblo chontal, había atravesado a nado el Lempat, en la más furiosa época del invierno. Con permiso especial había establecido su vivienda en las orillas del lago. Pero los ruidos, el fuego, las extrañas cosas que habían sucedido desde su llegada, habían hecho pesar sobre él una grave acusación: decían que se dedicaba a las artes del nahualismo negro, a la hechicería. Cuando iba a la plaza llevaba siempre de la mano una muchachita negra que parecía mico; marchaba siempre inclinada, con la cabeza cubierta de trapos, y la gente curiosa contaba que no se le veía nariz ni boca.

El pueblo no toleraría más su presencia en el país. Y todo se dispuso. Aquella misma tarde cuarenta hombres bien armados habían recibido los consejos del sacerdote, que había terminado prometiéndoles la ayuda de Teotl.

En el pueblo no se durmió. Cuentan que aquella noche hizo un calor insopportable, y que unos buhos graznaron sobre el pueblo. Por lo demás, ningún signo extraño acusó la captura del hechicero.

A la mañana siguiente Lolot estaba ya en una prisión. Se le habían quebrado los barros de que se servía para sus sortilegios, conteniendo aguas hediondas. Se quemó la vivienda.

El Consejo había decidido que se sacrificara a las 6 de la tarde, para que el buen padre sol contemplara el castigo. A mediodía se le sacaría de la prisión en que se hallaba para amarrarlo al poste de los sacrificios, hasta la hora en que el gran tecti diera la señal del sacrificio; se sacrificaría con él a su hija, pues era imposible separarlos.

Y todo se cumplió. A mediodía se le sacó de su prisión. Atado al poste permaneció hasta las cuatro de la tarde, hora en que una tormenta amenazó con su cola negra la metrópoli pipil. Comenzó a llover y la gente se refugió en las casas vecinas.

La hora del sacrificio no se podía cambiar; la voluntad de Teotl era irrevocable, decían los sacerdotes.

El chubasco, bastante fuerte se prolongaba. La multitud tenía clavada la vista en el prisionero, que hacía señas a las nubes. Los ojos le brillaban, y el cabello hirsuto y el rostro descompuesto le daban un aspecto macabro. Su hija siempre inclinada, estaba a su lado.

De repente, Lolot, dio un grito, un relámpago se desgajó de las nubes, y parecía que el cielo había estallado en una espantosa carcajada de muerte. Continuaba la lluvia, y a lo lejos se oía como que la selva se estuviera quebrando. Los ojos del prisionero despedían chispas. El pueblo estaba aterrado. Ya cerca, un viento, avanzaba tronchando selvas. Se oía ya, como un carro que estaba entrando por el pueblo. Se oía, se oía...

Y... desembocó en la plaza. En medio, un lobo, un espantoso lobo gris cabalgaba. El prisionero dio un grito y rompió las ligaduras, saltando como un tigre.

Un remolino reventó en el poste, y el huracán pasó rugiendo, agitando su vientre peludo de basura, aleteando con sus alas gigantescas y negras. Pasó reventando las casas y barriendo el suelo con su bostezo infernal, rabioso, violento.

Y todos abrieron los ojos. En la plaza había un hombre menos. El poste estaba arrancado, y a su lado se veía un bulto negro. Corrieron hacia el lugar.

Y... un grito de admiración se escapó de todos los labios. La hija de Lolot... era una muñeca de ulli, a quien el hechicero hacía andar quién sabe por qué raros modos.

Por eso andaba siempre agachada, con la cabeza cubierta de trapos, ocultando su cara, sin boca ni nariz.

LOS PÁJAROS NAHUALES

PERO no vayáis a pensar que sólo había nahuales tétricos. Aves negras que graznaban sobre campos sangrientos, en noches de asalto, con ojos terribles. No. También había nahuales dulces, pájaros que sabían llorar cuando moría una niña bella. Aves a quienes la luna sorprendía regando flores sobre las tumbas de dueñas o muertas.

Yo conozco una leyenda. Fue bajo la tiranía de Pilguanzimit, que los señores de Ixtepetl alzaron el estandarte de la rebelión. Fue una lucha sangrienta. El invierno llenó de agua las cuencas de millares de calaveras que se quedaron mirando al cielo. Ciudades, selvas, todo lo destruyó el incendio y la muerte fijó su guarida en nuestras selvas.

Por fin cayeron los bravos caciques, y sólo allá, en el recodo de las montañas, un grupo horaño de rebeldes se aisló. Estaba con ellos Apanatl, hija del cacique muerto. Tenía el espíritu guerrero de su padre y con sus huestes atacó al tirano varias veces.

Tenía por nahual una chiltota que en los combates cantaba apoyada sobre sus hombros.

Una noche Apanatl se alejó del vivac. Estaba en guerra con la metrópoli.

Y ya sus guerreros no la volvieron a ver. En la mañana la encontraron rígida y yerta, con el corazón atravesado de un flechazo.

Ya su grito guerrero no se oyó en el combate, y su brazo gallardo no agitó más hachas contra el tirano.

Pero en las ramas floridas del aroma, al pie del cual había caído muerta, una chiltota edificó su nido. Sacudía las ramas y cubría el suelo de flores.

Cuentan que una noche la chiltota también murió. A medio canto la luna la vio caer, rígida y muda, sobre la alfombra de flores que ella misma había tendido...

Ahora ya no hay nahuales dulces. Ni sobre las ramas floridas, pueblan chiltotas que cantan y cubren de flores las tumbas. ¡Oh los nahuales queridos que se fueron con la raza!

ATLAHUNKA

El teponahuastista de la corte de Atlacatl, roba la princesa Cipactli

ENTRE el oro, la corte reía. Bajo aquel desfile de música y plumas se estaba muriendo la pobre princesa. Ya el rey no escuchaba sus risas sonoras, y estaba muy triste, se estaba muriendo, se estaba muriendo de tanto llorar. La laguna verde de aguas estancadas, en su playa blanca, a la luz de la luna la oía llorar. Allá, en el bosque perdido y huraña, gustaba en las tardes de fiesta y de baile, llorar bajo toldos de lirios en flor. Estaba muy triste, la corte no oía su risa sonora poblar de armonías el rudo festín. De noche y de día, lloraba, lloraba, lloraba.

¿Por qué la princesa se estaba muriendo?

La luna no más lo sabía. Desde aquella tarde, desde aquella noche, la princesa ya no se reía.

Lo había mirado, lo había querido; ¡Atlahunka cantaba tan dulce! En la corte triunfaba cubierto de flores su teponahuaste. Veía, con celos, al joven moreno de lacios cabellos y mirada ardiente a quien todas las bocas sonríen, por valles y montes, hermosas mujeres suspiran por él. Cruzando montañas ha cantado siempre sobre las ventanas de los calicantos dolientes canciones de amor. Por eso lloraba. Desde aquella tarde, Cipactli escuchaba los versos que Atlahunka le había cantado.

*Tengo un río de oro,
Un lago que canta
Y una flor que llora,
Un pájaro que vuela y una estrella que mira,
Pero esa flor que llora y ese lago que canta
Y la estrella que mira
No cantan ni miran como miran tus ojos.*

Desde aquella tarde, desde aquella noche, Cipactli lloraba a la luz de la luna. Desde aquella tarde se estaba muriendo y el día y la noche pasaba llorando.

La corte pasea su lujo, pasea sus armas, pasea sus oros.

Pero Atlahunka está triste.

La princesa Cipactli se muere, no come, no duerme... y no tiene nada.

Ya no se casa con el señor de Tehuacán. No puede, no come, no duerme.

Pero el señor es bravo. Sus terribles guerreros esperan. Ha puesto su término, y deben casarse ese día.

La princesa está triste. La princesa se muere.

En la noche los guardias oían la música triste, la música lenta, la música dulce de un teponahuaste. El castillo se yergue altanero a la luz de la luna.

Los guardianes han visto la sombra de un joven que pasa cantando los versos de un lago que canta y de una flor que llora. Y se oían las notas de un teponahuaste.

Pero nadie sabía. La luna no más lo miraba y no lo contaba.

Cuando el joven cantaba los versos de la flor que llora, una mano asomaba en la torre más alta del negro castillo de piedra.

La luna no más lo sabía. La princesa ya no estaba triste. Reía... En la noche ya no estaba enferma.

La luna no más lo sabía que la mano aquella deshojaba flores, y que el joven del teponahuaste lloraba.

Una noche los guardias quizás se durmieron.

En la torre aquella del negro castillo de piedra no estaba la pobre princesa. ¿Se la habrían robado las nubes? La luna no más lo sabía.

Sabía que el joven había llegado, que había cantado. Que por una cuerda había bajado... la pobre princesa, la pobre, la enferma, la triste. Reía. Reía. Reía. Y después... La selva cubría a la luz el sendero.

Después... el señor de Tehuacán espera. Se busca a Cipactli. Se escruta, se piensa.

Y después... Atlahunka no canta en la corte. ¿Se lo habrían robado, quizás las estrellas?

La luna no más lo sabía. El señor de Tehuacán moría de cólera, pero ella reía y no lo contaba.

Un día trajeron a Atlahunka. Venía Cipactli amarrada.

Y los condenaron.

El santuario de Mictlán decía: "En el bosque hay fieras. Irás a decir tus pecados. Y si te perdonan no te comerán".

Y fue la princesa con el bello joven del teponahuaste.

Ya todo dormía. La luna brillaba en el cielo.

Y la selva quieta traía rumores de bestias dormidas.

Un buen tigre venía brincando para oír los pecados.

Y se hincaron llorando.

Pero antes había cantado el joven moreno del teponahuaste, los versos tan dulces del lago que canta y de la flor que llora.

Y se hincaron llorando. Juntaron los labios. El tigre venía saltando.

¿Los pecados? —se habían besado.

Cuentan que el tigre se rió como un loco del pecado aquel.

En la corte brillan hermosas mujeres. Cipactli no llega. Atlahunka no ha vuelto. ¿Los perdonaría aquel tigre austero que llegó saltando, y al oír el pecado reía?

La luna no más lo sabía y no lo contaba. Cómo aquella mano que de la alta torre del negro castillo deshojaba flores, cómo aquella niña que bajó llorando y se fue corriendo, tampoco decía.

Pero entre los ruidos de la inmensa corte, Cipactli no ríe, y Atlahunka, se fue con las nubes o con las estrellas y aún no ha venido.

CONCLUSIÓN

SE FUERON los indios, en su éxodo enlutado hacia los grandes parajes del olvido. Huyeron sus músicas y un eco gigantesco vaga, lleno de frases, por pampas crueles sin cóncavos

donde pronunciarlas. Cuscatlán hundió sus pirámides y el lago ya no llora su melodía de antes. Atlacatl y su corte fueron los últimos que supieron reírse de las barbas rubias y los ojos azules de Tonatiú.

Sobre el santuario de Mictlán se han posado los siglos en un vuelo negro. El volcán de Sihuatepeque cerró sus grutas y mató a Cipitín.

Los mitos también se fueron, arrastrando sus largas túnicas de algodón. Los últimos fantasmas lloraron al partir.

Todo se fue. Hombres y pueblos. Sólo faltó que emigraran las montañas al quebrar sus bases.

Sólo una cosa no partió. ¿No habéis notado que a los gestos libertarios de los indios suceden los gestos rebeldes de los salvadoreños?

¿Quién no ha sentido la mordida en la sangre de las larvas revolucionarias que arrojaron, como erupciones de luz, las cumbres genealógicas de esa procesión bélica, ya se llamen Anastasio Aquino o José Matías Delgado?

Por eso yo digo que Cuscatlán no ha muerto.

Los siglos se bebieron el lago, pero su cuenca redonda es la O de una negación eterna.

Los que han muerto son los poetas, o por lo menos, han olvidado al Cuscatlán querido de himnos pasados. Han proyectado sus mirajes sobre los lomos de vientos locos, en sentido de músicas menos serias.

Enfermos de histeria han vivido, como borrachos de opio, gastando migas sobre mares glotones.

Y no es ese el norte actual.

Es la obra sociológica de los poetas la que yo amo. Levantar al pueblo vigorizando el sentimiento nacional; poner en sus manos y ante sus ojos la omnipotencia de su energía. Demostrarle que es fecundo, y que hay escondida en sus montañas una fuente de oro que gotea sus milagros, que es necesario encontrar.

Más que cantar, hay que saber rugir. Los poetas deben ser atletas.

Con qué virilidad dijo aquel león lírico que se llamó Juan Ramón Molina, en un su artículo:

"Los poetas como educadores de la raza". ¡Ah, sueños épicos los de ese bravo! Lanzarse a la multitud miope lleno de hermosas teorías, a imponer fines, a cambiar direcciones, a sembrar rieles de diamantes sobre la negrura.

Eso es lo que falta; poetas con brazos de militar. Líricos y luchadores. La lira debe tener filo, y debe ser lira en los salones y alfanje en las fronteras.

Unamos todos los brazos para formar una barrera y juntemos todas las voces para formar un himno. Ese es nuestro credo.

Y ahora, soñemos un poco. Que El Salvador sienta el oxígeno de esa regeneración, y que a la luz de impulsos enérgicos, ruede sobre músculos bien dispuestos silbando una marsellesa.